



América Latina y su verdad GRANDES AUSENTES DEL SINODO DE LOS OBISPOS

Pedro Lamet

No lo podía creer. No daba crédito a mis ojos. Sin embargo, delante de mí tenía todas y cada una de las intervenciones de los obispos latinoamericanos. Redactadas en latín en su mayoría habían sido leídas, a golpe de gong electrónico, durante ocho minutos como máximo, ante el micrófono unipersonal de la gran aula del Sínodo, donde han desfilado en un maratón episcopal las 141 ponencias, más otro buen número de ellas entregadas por escrito, en este gigantesco examen de conciencia que se hace la Iglesia universal.

Sorprendente, pero verdad. Junto al realismo a ras del suelo de los obispos africanos, junto a la conciencia de sociedad nueva que emerge de Norteamérica, junto a la preocupación doctrinal por el pluralismo reinante en la Europa Occidental y la represión programada y atea de la Europa del Este, ¿qué iba a decir América Latina, después de los catequistas y sacerdotes asesinados en El Salvador, Méjico, Chile, Brasil, Argentina. . .? ¿Qué ideal de catequesis iban a presentar unos obispos, cuyas Iglesias sufren en su carne la opresión de los derechos humanos? La respuesta es triste, pero fidedigna. El tema de la justicia ha pasado a tan segundo plano en las intervenciones latinoamericanas, que prácticamente no ha sido tocado. Sólo un comentario a la catequesis de la liberación del peruano Schmidt. Leves referencias de los obispos brasileños (Hypólito y Andrade Ponte) a la dignidad del pobre y a la "concientización". Acercamiento a las cuestiones de inculturación en las palabras de J. A. Dammert, que aportó algo de su experiencia andina. Y poco más. La parte del león, la tónica general, se caracterizaba por una represión muy sospechosa de los temas más conflictivos, pero también más vitales, de una conciencia cristiana que esté encarnada en América Latina.

La cresta de la ola la pudimos observar los periodistas cuando se levantó Mons. Revelo, visiblemente angustiado, para presentar su aporte en representación de El Salvador. Toda su tesis se puede integrar en una sola palabra: "miedo". "Muchos de los catequistas rurales —dijo—, que tienen mayor capacidad de liderazgo, están cayendo rápidamente en las redes que les tiende el partido comunista y los grupos de extrema izquierda de tendencia maoísta y bien pronto pasan a engrosar sus filas. Por otra parte, el trabajo de la Comisión Nacional de Catequesis en la formación de líderes urbanos se va malogrando por la apatía de los párrocos, que prefieren trabajar con el campesinado por ser un trabajo más fácil" (sic). ¿Es todo lo que un obispo tiene que decir sobre un país donde se persigue a la Iglesia, se reportan sacerdotes, surgen nuevos mártires de la justicia, como faceta netamente evangélica? La ola de la noticia llegó a El Salvador, y regresó a Roma en forma de escándalo, incluso del arzobispo de aquella capital. Al Vaticano llegaban telegramas de protesta, como el del Consejo de Laicos, calificando las declaraciones de Revelo "carentes de juicio y fácilmente manipuladas contra nuestra Iglesia". En la curia generalicia de los jesuitas se recibía con dolor, después de los últimos asesinatos y amenazas, esta deformada imagen de la verdad salvadoreña, y los periódicos más importantes de aquel país se servían del texto de Revelo para publicarlo en primera página, privándolo por supuesto de la única leve alusión a la injusticia. Hasta Radio Vaticano mostraba su extrañeza ante la intervención de Revelo. "Puesto que parece contradecir o no reconocer el genuino, valiente y aun heroico apostolado que están desarrollando muchos sacerdotes y catequistas en El Salvador. Un apostolado que se desarrolla en el campo, y que ciertamente no parece tan fácil cuando existen incluso

amenazas de muerte, expulsiones y aun martirios como el del padre Rutilio Grande y sus compañeros catequistas”.

La pregunta es obvia: ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Quién quiere quitarle hierro a aquella toma de conciencia, ni por asomo comunista, que hace diez años hizo la Iglesia latinoamericana en Medellín? La respuesta, para cualquiera que conozca los círculos vaticanos es bien sencilla. Se trata de una maniobra del nuevo Comité dirigente del CELAM, y más en concreto de su hábil, inteligente y no menos sinuoso secretario, Mons. López Trujillo. Su sistema, de acuerdo con Roger Veckemans, ha sido un prodigio de diplomacia, cortando las alas a todo lo que a su juicio es peligroso progresismo. ¿Cómo? Adelantándose. Teología de la liberación, Seguridad Nacional, crisis sociales y económicas han sido objeto de congresos y simposiums, con los que ha encarrilado por los rieles de la abstracción escolástica las cuestiones en carne viva que son historia contemporánea en América Latina.

Pero su última “gran conquista” ha sido poner sordina en el Sínodo a una de las catequesis más comprometidas y prometedoras de la Iglesia contemporánea. Los obispos del Continente han hecho, como dicen aquí, una “brutta figura” ante los ojos maravillados de los obispos del mundo entero reunidos en Roma. Incluso ante los estadounidenses que han hecho un gran trabajo de preparación del Sínodo. Un teólogo jesuita, experto del episcopado, me confesó que ellos traían preparado un texto sobre la liberación, pero que les pareció poco humilde presentarlo, por ser terreno que correspondía sin rodeos a los obispos de América Latina.

El pasado jueves era, pues, muy esperada la conferencia de prensa de Mons. López Trujillo. El secretario del CELAM y auxiliar de Bogotá se escurrió como de costumbre de las preguntas más directas. No dudé en interrogarle, tras presentar mi identidad de redactor-jefe de “Vida Nueva” —semanario español que suele afrontar sin miedo los problemas de la Iglesia actual— sobre estos problemas y especialmente sobre el modo de conectar con un pueblo cristiano y oprimido como el latinoamericano y darle un mensaje integral. ¿Cómo, si no es con una catequesis liberadora que parta de los hechos hacia la doctrina, y no viceversa? Téngase en cuenta que la

intervención sinodal de López Trujillo se inserta en el mundo de las abstracciones: distinción entre “ortopraxis” y “ortodoxia”. El secretario del CELAM se escapó por los aledaños. No hay por qué repetir continuamente lo de Medellín. “Desde lejos de América se ven las cosas muy distintas. Los obispos son los mismos. La cuestión de la liberación está zanjada en la teología y en la *Evangelii nuntiandi*”. (¿Y en la calle, y en las parroquias, y en el campo, donde los pobres siguen sin saber el valor liberador de la sangre del Hijo de Dios, víctima de los poderosos?). Me remitió al documento de la Comisión teológica internacional, que ha domesticado de nuevo la fuerza fáctica de la teología de la liberación. Me habló, en fin, de que partían de hechos, pero “vistos con óptica cristiana”, para no ser manipulados por las ideologías. ¿Y acaso no es una manipulación ideológica la integración “descafeinada” de una liberación que ya ni se nombra? En resumidas cuentas una perfecta cárcel verbal, donde sofocar con doctrina al viejo estilo la esperanza de cristianismo encarnado, alegre y libre que surge en los cuatro costados de un continente.

¿Qué no hay que confundir comunismo con la específica libertad que viene de Jesucristo? De acuerdo. ¿Que cuando uno se pone en marcha corre el peligro de tropezar y caerse? Conforme. Pero que tanto pensar en los obstáculos nos impiden caminar hacia adelante haciendo de nuestra fe el impulso y el coraje para cambiar este triste mundo, ¿quién será capaz de negarlo?

Al fin y al cabo, y gracias a Dios, otros muchos temas, interrogantes y retos han salido a relucir en este Sínodo 77; las comunidades de base, el uso de los medios de comunicación, el lenguaje juvenil, la ateización sistemática del Este europeo, el diálogo con los marxistas en Viet Nam, el drama de la escuela profesional, las medidas prácticas que surgen en Africa— como para encuadrar nuestro tema en el ámbito de una Iglesia universal desbordante de vitalidad y promesas. Lástima que los miedos mal contenidos, por no sugerir otras posibles intervenciones internacionales, hayan puesto un bozal de teorías al grito desgarrado y específicamente cristiano de Latinoamérica.

Desde Roma, 14 octubre, 1977.